

NOVELA POPULAR  
CINEMATOGRAFICA



to IV  
ero 188

cts.

Protagonista  
Constance Talmadge

Su hermana de París

Con este número se regala el número 5. Pagado de 10.000.000.

Novela Popular

Cinematográfica

# Su hermana de París

(HER SISTER FROM PARIS, 1928)

Mimo-comedia film, de Hans Kraly

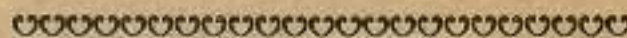
Protagonista : CONSTANCE TALMADGE



PUBLICACIONES MUNDIAL

BARCELONA -- APARTADO 925





## PRIMERA PARTE

Nuestra historia nos lleva a Viena, la más alegre de las capitales del mundo. Y si, además de alegría buscamos armonía conyugal, entremos en el hogar del novelista Adrián Veyringer y de Elena, su esposa...

...En eterna disputa, en constante tirroteo de platos, florerios *bibelots* y almohadones, siempre revoloteando por el aire a impulsos de nimios disencuentros en que la doméstica esposa, consagrada a las artes culinarias, en eterna *deshabilidad* cocinera, defiende su tesis conyugal; esto es: que una buena ama de casa y humílsima esposa, no ha de usar más artes de seducción con su cónyuge, que no olvido absoluto de su *toilette* y una habilidad extraordinaria para las faenas domésticas.

Vosotras, lindas hectoras, mentafadoras reinas de faturos hogares, con vuestra sonrisa maliciosa y gentil habéis adivinado ya la equivocación tardía de la pobre Elena, mujer de un artista, novelista neurótico en hipercresencia fulminante siempre, imposible de refrenar ni contener por los rubicundos sentimentales de la bella y simple Elena.

¡Oh! ¡y cómo vuestra sonrisa burlona hacia esa pobre fémnia, plenamente equivocada respecto a las artes de matrimonios bien avenidos, intensificará su mohín de conmisericordia burla al añadir nosotros los detalles pintorescos del traje y peinados de aquella!

Figuraos una imponente mata de pelo todo lo rubio y delicioso que queráis, pero anudado con tan malditísima gracia en la nuca, que, aun no siendo moza esta de la melenita corta, se hubiese deseado para aquella cabeza abrumada por antiestético moño puntiagudo y ridículo, que desfiguraba, con su plebeyez, las aristocráticas líneas de la juvenil cabeza abrumada por su peso.

Un horrible delantal a cuadros, encargado de ocultar la fina esbellez del irreprochable cuerpo de Elena. Pies y manos disfrutando de un descuido por parte de su dueña, verdaderamente abominable; en suma, la estampa de la hereja, persiguiendo al polvo y haciendo doraditos buñuelos, que el célebre escritor, marido de Elena, se encargaba de tirar por un balcón, harto de golosinas confeccionadas por su impertinente mujer.

Lloros y demostros por parte de ella; imprecaciones y puñetazos sobre trastos y puertas del trasquil y descontento marido; así van deslizándose las horas y los días en el hogar de los incompatibles.

Cuando uno de esos momentos han determinado que Elena se encierre, después de gran copia de gimoteos y recriminaciones al marido, en su habitación; llama a la puerta de la suntuosa residencia Roberto Well, que ejerce en la embajada británica, la importantísima misión de guarda-sellos y la no

menos importantísima, de ayudar a hacer los honores de la casa, en las recepciones, a SS. EE.

La sonrisa burlona del joven e intachable diplomático subruya, al darse cuenta de la trapatista conyugal, la escaña sempiterna, y, como aclaración de aquella sonrisa, al saludar a Elena, le pregunta, descontando, de ante mano, la respuesta:

—¿Otra pequeña bronca, Elenita?

—Nada de eso, amigo mío — contesta ella, tratando de ocultar el pañuelo empapado de lágrimas, — ¡qué equivocado está usted! ¡Adrián y yo no cedimos nunca!

Los ojos enrojecidos y las mejillas relucientes no dejan lugar a dudas respecto al *plácido* momento que se cierne en aquel *pacífico* santuario del amor. Mas, por si alguna duda cupiera a Roberto, sobre la falsa interpretación que dió a las voces oídas por él, al llamar a la puerta de la casa, un formidable puntapié en la del cuarto de Elena seguido de una estentórea voz que gritaba:

¡Abre la puerta, Elena, si no quieres que la derriba a puntapiés! — la aclaraba sin dejar el menor género de duda.

—¡Has tirado los buñuelos—fué la contestación que Elena le dió grimoteando, desolada.—¡Has tirado los buñuelos! ¡Con tanto amor cómo yo los hice porque eran para tí! ¡Salvaje! ¡Tirano! ¡Mal marido! ¡Cada día te odio más! ¡Me volveré con mi madre!

Harto de dar patadas y puñetazos en la puerta sin conseguir que asomase aquella linda cabeza, a pesar del moño horripilante, la afligida Elenita, torna a



su despacho, el descontentadizo esposo, a seguir desfogando su rabia en el descacharramiento de objetos de arte.

Al estrépito baja por fin Elena con un precioso jarrón entre las manos.

—¡Toma! ¡tira esto también!

Xi corto ni perezoso, Adrián en el ápice del furor, lo arrojó de las manos de su mujer y lo estrella contra el suelo.

—¡Tú no me quieres!—le lanza ella al rostro como suprema injuria.—¡Bien lo sé!—clama entre sollozos.—¡Ya hace tiempo que tengo la seguridad de ello! ¡Lo que cuanto hago te molesta! ¡No volverás a verme!

V alzándola como una centella, abandona el despacho de su marido y va a refugiarse a los brazos del ama de gobierno, a quien dice sollozando sobre su hombro:

—¡Ay, Ana; qué desgraciada soy! ¡mi marido se ha enusado de mí! ¡Me voy a casa de mi madre! ¡no me queda otro amor en el mundo!

Abrazada a ella hasta que se dispone a arreglar su equipaje para abandonar la casa de su marido la dejaremos, penetrando entretanto, con el amigo Roberto, en el despacho de Adrián, presa todavía de su grotesca cólera.

Roberto no entra solo en busca del amigo; aguantando la risa, llega hasta él llevando entre las manos un espléndido tabor, que deposita en las de Adrián.

Toma—le dice,—rompe esto también.

Déjate de tonterías, Roberto, que la cosa va en

serio esta vez!—contestaba, indignado.—No voy a romperlo para que tú te rías. Esto es muy serio, amigo Roberto, tú que eres mi verdadero, mi mejor amigo, no puedes tomar a chacota este momento decisivo para mí. Porque ahora, ¿sábelo bien!, después de estas escenas insostenibles, trata de dejarme Elena. ¿Qué te parece?

Que eres el marido más afortunado de la tierra. No puedes aguantar a tu mujer, y está te abandona; ¿dónde encuentras mayor fortuna?

—¿Eso crees?—contesta Adrián, echando fuego por los ojos. Pero ¿es que tú ignoras que yo quiero a Elena?

—De cualquier modo, a los dos os conviene unos días de separación. De momento lo que te está haciendo falta es distraerte. Tú trabajas demasiado, Adrián. Vámonos a la calle y te despejara el cerebro el aire de la noche.

—Es que mi mujer... ¡es capaz de llegar hasta el fin! ¡es capaz de abandonarme!

—A ver qué mayor felicidad puedes pedir!—repite Roberto con eterna sonrisa burlesca.

—Es que ya, Roberto—insiste, trémulo, Adrián,—no puedo consentir que se marche Elena!

Precipitase bruscamente hacia el pasillo para ir en busca de ella. La siente bajar de sus habitaciones. Cuando intenta correr a detenerla, Roberto se lo impide cogiéndole de un brazo.

—¡Hombre, no seas absurdo! ¡déjala!—añade, flemático.

Adrián, a pesar de los esfuerzos que Roberto hace para detenerle, logra escapar y llega a la escalinata



del palacio en el momento en que Elena con su maletín de viaje en la mano iba a subir a un auto.

—¿Qué haces? ¿Qué intentas, Elena? ¿Así te marchas de mi lado?

—¡Sí, me marcho! ¡Voy en busca del cariño que tú me niegas!—le contesta, inflexible, la linda mujercita desechada.

Que su resolución es irrevocable bien lo demuestra la linda maleta de viaje y las panzudas maletas que el *chauffeur* está colocando en el coche.

—¡Has acabado de hacerte sufrir!—remacha Elena con su fina sonrisa de mujer, harta de ser martirizada.—Ahora podrás escribir tranquilo tus historias. No te volveré a molestar en mi vida.

Y volviéndose rápida y contundente al chófer, le ordena:

—De prisa! A la estación del Oeste.

Y subiendo al coche, le da con la portezuela en las narices al esposo arrepentido de haber motivado tal resolución en su mujer.

¿Qué hacer sino conformarse con la ausencia de la implacable?

Por lo menos allí está Roberto, con quien puede desahogar su desilusión y su tristeza.

En su busca sube, y en el salón, al dar con él, tropieza al propio tiempo con una gran cartulina que en el suelo yace caída, sin duda del maletín de Elena, que se dejó en su precipitada huida.

—¡Ah!, es un retrato que yo no conocía de mi mujer, ¿Está realmente encantadora!—hace observar al amigo, que contempla, embobado como él, aquella divina efígie ignorada de ellos.

—¡Chico!, Si no es ella!—dice Roberto, enseñándole la dedicatoria que al dorso del retrato rezaba así:



«A mi hermana gemela Elena, con inmenso cariño.

«Lola, «La Clavequina»

Una nueva sorpresa les deparaba la noche, por medio de esta carta que también recogieron del suelo



cerca del lugar donde habían hallado el retrato en cuestión. Decía así:

«Mi querida hermana Elena:

«Salgo para Viena, pues he prometido bailar en un festival benéfico que ha de celebrarse mañana.

«Tengo una alegría enorme al pensar que voy a abrazarte, y un gran deseo de conocer a tu marido.

«Te quiere tu hermana

*Lola.*»

La lectura de la breve epístola y la contemplación de aquel retrato acabaron de hacer vibrar hasta crisparse, en los más íntimos dizeos, los nervios del abandonado cónyuge, que no se cansaba de mirar el duplicado divino de su divina mujercita.

Ya no podía más. La emoción y el desaliento hicieron presa de él. Perdía a Elena, a su Elena en el instante psicológico en que ante él mostraba su gentileza deslumbradora. En carne de su hermana, es cierto, pero tan idéntica a la de ella como dos gotas de agua entre sí.

No daba crédito a sus ojos, extasiado ante el retrato, dividiéndose interiormente:

—¿Es posible que yo haya poseído a esta mujer; que esta mujer sea mi mujer, y yo, bárbaro de mí, la haya dejado escapar de entre mis brazos? Porque si esta imagen no la representa a ella misma—repetía, embelesado,—ante mí plasma sus divinas líneas como si lo fuese; porque las dos son una misma. Sí, Roberto—concluyó por último, arrancándose a

aquella sugestionadora contemplación;—creo que llevas razón. Debo tomar el aire de la noche.

## II

La estrepitosa estación del Oeste en Viena, tiene en aquel momento una importancia excepcional. Espérase que por ella llegue a la capital de Austria una estrella de primera magnitud, un sol deslumbrador y reluciente, de tal atracción y brillantez dotado, que, para recibirle, congregarán allí innumeras personalidades en el arte, la literatura y las finanzas.

«La Clavechina», la gentilísima danzarina de los pies de silfo, la hechicera mundana, se apea del expreso, entre aplausos y flores. Cuantos la aguardan se disputan el honor de besar su mano.

En corte, como reina indiscutible de elegancia, triunfadora excelsa en todos los aspectos mundanos de la vida, avanza hasta su coche. Detenida ante la portezuela para otorgar el último saludo, repara en una linda mujercita que desde lejos la mira ansiosamente.

Un expresivo gesto con las manos atrevientes de la espectadora silenciosa ante el homenaje a la brillante estrella, hace que ésta acabe de cerciorarse de



quién es la lejana observadora. De un salto, de un artístico y coreográfico salto gentil, légase Lola a la obscura, al parecer amiga o admiradora. Ni una cosa ni otra, porque es más, mucho más: es su hermana, su hermana Elena, en cuyos brazos se precipita, loca de alegría.

—¿Qué felicidad tan grande encontrarme aquí contigo, querida hermana!—exclaman las dos al mismo tiempo.

Arrebatadamente la conduce «Clavellina» al coche en donde la hace entrar, no sin haberla presentado rápida a la sorprendida corte de admiradores, ante la hechicera semejanza de las dos bellidades gemelas.

\*\*\*

En el camerino de «La Clavellina», ya casi terminada su *toilette* para salir a escena, se hallaban las dos hermanas que han cenado juntas, si se puede llamar cena a unas cuantas copas de champagne y unos sellos antineurálgicos.

Sin interrumpirla una sola vez, dejó Lola que expusiera Elena su dolor, explicando, sin omitir detalles, lo que para ella había sido infierno conyugal.

—¡Es que no me quiere!, ¿sabes? ¡Es que no me quiere!—repetía, sollozando, la triste esposa.

Lola, sin dejar de fumar y entre sorbo y sorbo de champagne, no dejaba de observar el desastroso aspecto que ofrecía la cabeza de su hermana con el atormentador moño respingado y tieso. Hasta que ya, sin poder contenerse, le dijo:

—Estás horriblemente pasada de moda. Toda tu persona pide a voces una renovación. Has olvidado que, en la mayoría de las casas la mujer es la culpable de la indiferencia del esposo. Mirate esa cara —añadió, aproximándole un espejo— y no extrañarás que él haya perdido la ilusión hacia ti. ¿Quieres transformarte? ¿Te gustaría que tu marido se arrepintiese de la forma con que hasta ahora te ha tratado?

—¡Oh!—fue la respuesta de la desolada Elena.

—Pues manos a la obra.

Y dicho y hecho. Una deliciosa melenita, unas cejas finamente pulidas, un maquillaje soberbio y una divina toallita acusadora de todas las perfecciones humanas y divinas, vinieron a substituir aquel horrendo moño de piepunte y aquella ingenua negligencia de arte estético tan indispensable a toda mujer que quiera ser amada.

La metamorfosis tuvo la virtud de hacer de una «Clavellina» dos, pues hasta el lunar travieso que adornaba la redonda, sonrosada barbilla de Lola, fue agregado a la de Elena por su hermana, gracias a un diminuto disco de terciopelo imitador de la peca natural de la hermosa bailarina. Cuando lo tuvo pegado Elena en análogo sitio que su hermana, le dijo ésta:

—Ahora sí que hasta nuestra propia madre se ve en apurada para distinguarnos.

Tal ocurrió al empresario del teatro que entraba en aquel momento para anunciar a la artista su próxima aparición en la escena.

—¿Cuál de las dos es la bailarina? Yo no lo sé—



dijo el obeso señor, perplejo y aturdido, encarándose al monarca.

—«La Clavellina» soy yo, y ésta es mi hermana— aclaró, ruborosa, la divina artista.

—¿Es un milagro de parecido? Pues bien, señorita «Clavellina», dése prisa, porque antes de cinco minutos debe aparecer en escena.

En efecto, la fiesta patral benéfica exigía ya la presentación del número culminante. El público impaciente aguardaba, emocionado, que apareciera la famosa bailarina.

En un palco proscenio, Adrián y Roberto disponíanse a aclamarla. Todos los gemelos de los espectadores se clavaron en el escenario al descortarse el espléndido terciopelo que servía de cortina.

Lentamente fué plegándose a los lados, sirviendo de cisel a la fascinadora bailarina. La orquesta preludiaba la primera danza; era «En el bello Danavio azul».

Una aclamación intensa y vibrante y una lluvia de flores cayeron en torno a la belleza.

Su hermana Elena, oculta entre bastidores, hubo de percatarse de la estancia en el palco de su marido y Roberto.

—¡Pérfido! ¡cómo se entusiasma con mi hermana!

En aquel momento un magnífico ramo de rosas blancas arrojado por Adrián, cayó a los pies de la bailarina. El significativo bouquet fué recogido por Elena, que alargó sus brazos hacia el protegida por la cortina; mas en aquel momento la volvían a descender otra vez para que saludara de nuevo «La Cla-

vellina». Nadie del público sospechó que no fuese la auténtica aquella que alzaba las flores del parquet del escenario. Pobres flores que fueron arrojadas con su otra vez contra el suelo, por la desechada Elena.

Terminada la función y cuando ya se disponían las dos hermanas a salir del camerino, fueron recibidas por la dueña de «Clavellina» dos tarjetas respaldadas así:

«Señorita: Yo soy amigo de su familia y un poquito calavera de nacimiento. ¿Quisiera usted roer un huesecito con este perro, después de la representación? Vendré a ladearle a la puerta del escenario».

«Roberto Wall»

La otra era de Adrián Veyringer y rezaba así:

«Mi querida cuñada: Tu maravillosa danza me ha causado una emoción indescriptible. Espero que no tendrás inconveniente en cenar conmigo esta noche. Te aguardaré a la puerta del escenario.»

—Diga a cada uno de esos caballeros que «La Clavellina» acepta su invitación— advirtió al portero del escenario, Lola, al pasar.

Excesado es decir que les fué comunicado, en secreto y aparte, por el servicial portero del teatro que obtuvo a su vez de cada uno de ellos una espléndida propina.

Roberto, deseando perder de vista a su acompañante, simuló una gana de dormir insuperable; otro



tanto aparentó Adrián ante su amigo, despidiéndose ambos hasta el día siguiente.

Lola, al despedir a su hermana, dándole instrucciones para el mejor éxito de sus reivindicaciones conyugales, le decía sin querer prestar atención al enfado de Elena que repelía siempre:

— ¡Oh! ¡cómo le aborrezco! ¡Antes muerta que volver a mirarle!

— ¡No seas niña! ¡Ármate de valor, hermana! ¡Hay que dar una lección a tu marido, que no se le olvide en muchos años!

— ¡Es que tengo miedo, Lola!

— Pues no has de tenerlo! ¡Desde este momento eres tú «La Clavellina» y no olvides que «La Clavellina» ha tenido reyes a sus pies.

## III

Dos automóviles se estacionaron en la calle ante la puerta del escenario. A los pocos momentos descendió por la escalinata del escenario la bella «Clavellina», dirigiéndose al lugar de la cita.

Al verla, saltaron de sus respectivos coches los dos amigos, Roberto y Adrián.

¿Cómo describir la cara de estupefacción que ambos pusieron al ver su estratagema descubierta por entrambos? Mas no había lugar para explicaciones ni reticadas estratégicas, hacia ellos avanzaba, alada y gentil, la esposa de Adrián, solicitada por Roberto.



a cuyo cuello se arrojó abrazándole y besándole efusivamente.

— ¡Qué placer en conocerte, mi querido cuñado!... ¡Oh, sí! ¡eres un muchacho encantador!... ¡Deje que te besa otra vez!

Adrián, sin poder contenerse, al verla coincidir en tan desafortunado besuqueo, le dijo con bastante seriedad:



—El marido de tu hermana soy yo.

Gesto de sorpresa algo burlona, reveló la pizpireta fisonomía de «Clavellina», que después de examinarle un momento, dijo a Adrián, firmemente:

—¿De modo que eres tú el marido de Elena?... ¡Tanto gusto, chico! Pero... ¿dónde está mi hermana?

—Pues... está... ha ido a visitar a su madre. Está pasando una temporada deliciosa.

—Parece que no lo dices muy contento. Pero, no tengas cuidado, Adrián, yo haré que tú también pases una temporada deliciosa mientras Elena está ausente.

—Por lo pronto—se apresuró a decir aquel—podremos cenar juntos. ¿No te parece?

—Aceptado.

Y a uno de los restaurantes más elegantes de Viena, se dirigieron los tres en amor y compañía, siendo acogida la entrada de la bailarina famosa con una formidable ovación de que tan ajena se hallaba Elena, que se puso a batir las palmas con el mayor entusiasmo, atribuyendo aquellos aplausos de los circustantes, a la entrada de algún personaje.

—¡«La Clavellina»! ¡«La Clavellina»!—exclamaban todos, mirándola a ella, que ya, percatada de su inadvertencia, había dejado de aplaudirse a sí misma.

—Ni siquiera pensaste que eran por tí los aplausos—le dijo su cuñado.—En mi vida vi modestia más seductora.

—¡Aplausos! Demasiado pequeño tributo para mí, que he tenido reyes a mis pies.

—¿Serán el rey del pimentón, de la nafta, de las suelas de goma acaso?—preguntó zumbonamente Roberto.

Elena no podía consentir que se mancillase así su reputación de fascinadora de reyes de verdad. Y así, indignada y con mucha prosopopeya, respondió:

—El rey auténtico de una nación estaba tan loco de amor por mí, que, cierta noche, al terminar una de mis danzas en su palacio, olvidó en su ceguera pasional que tenía al lado a su esposa, bajó del trono, dejándola desmayada de celos, para coger a mis plantas y colocar en mi tobillo la esclava de pedrería que da fe de este regio homenaje.

Para que no echase de menos tan dulces recuerdos, la invitó a bailar Adrián, dejando solo a Roberto enfrascado con el champagne, a quien pedía consuelo de aquellas pequeñas decepciones que le deparaba el destino en su asedio a «Clavellina».

Cansados de baile y de champagne, regresaron, Adrián y su linda cuñadita, a casa del primero para instalar en ella a la exótica artista.

La cara de la señora Ana, ama de llaves, no pudo ser más inhospitalaria ni agría para la hermana de su señora, cuando Adrián le dijo:

—Esta es mi cuñada, la señorita «Clavellina», que se hospedarán por algunos días en esta casa.

—Está bien, señor!—dijo, mirando de reojo a la intrusa, la fiel ama de llaves, que instaló a la huésped convenientemente.

Al despedirse de su cuñado, la gentil intrusa le dió la mano, que él besó, conformándose, a duras penas, con tan pequeña demostración amorosa. ¿Con qué



buen deseo hubiera seguido tras ella hasta su cuarto! Más en casos así se impone dejarse derrotar o iniciar una retirada estratégica.

Esto fué lo que hizo ella, subiendo rápida la escalera que conducía a sus habitaciones, mientras pensaba implacable y segura de la victoria:

—¡Yo he de tenerle a mis pies... y he de verle arrastrándose implorando mi perdón y mi clemencia!

## IV

A la mañana siguiente, Adrián, devorado de impaciencia por saludar a su encantadora cuñada, bajó al comedor preguntando al ama de gobierno por la señorita.

Ana, a quien había descubierto la superchería la misma Elena, para tranquilizar sus escrúpulos, le dijo que la señorita no se había levantado aún, pero que el señorito Roberto estaba allí.

El pobre chico, enamorado como un inocente mocerón, no había cesado de pensar en la maravillosa haurina. Su único anhelo era arrastrarse a los pies de ella como el rey fantástico de la fantástica historia que ella le relató durante la cena.

Así lo hizo a la terminación del almuerzo a que

le invitó ella con gran disgusto de Adrián, encargado por Roberto, de descubrirle a «Clavellina» la pasión que le inspiraba, para lo cual les había dejado a los postres solos, mientras él se fué a tocar el piano.

«Clavellina», acuciada por la curiosidad que no le satisfacía su cuñado, respecto al secreto de Roberto que había de revelar, fuése también a la sala del piano, en donde Roberto, enloquecido de amor, púsose de rodillas ante ella, rogándole se dejara enojarse con una nueva esclava de pedrería, el tobillo.

—¿No te parece, Adrián—dijo a su cuñado al volver al comedor—que esta esclava es superior a la del rey?

—Se ve que ha enloquecido por ti ese muchacho.

—¿Sólo ése?... Hay muchos hombres locos por mí, Adrián.

—¿Y tiene alguno de ellos probabilidades de triunfar en tu corazón?

—Uno hay a quien amo ya, pero algo serio me impide aceptarlo. Es que es casado.

—¿No me concedes el derecho de saber quién es?

—Acaso pueda decirte en esta noche.

No hay para que decir con cuánta impaciencia aguardaba la noche el enamorado Adrián.

Extrañado de la tardanza de «Clavellina», preguntó a Ana la causa de tal retraso.

—La señorita «Clavellina» ha ido al salón de belleza, pero volverá a essa muy pronto.

No en el salón de belleza, pero sí en el tocador de su hermana, pasó toda la tarde Elena, perfilando las armas de la seducción con las cuales pensaba vencer al versátil esposo.



Bajo las complicadas órdenes y consejos de tocador de Lola, no se omitió el más leve detalle para realzar los encantos de Elena, que prometía ser una alumna aprovechadísima en las artes de la seducción.

Cuando más impaciente se hallaba Adrián, atento a los más insignificantes ruidos que pudiesen anunciarle la llegada de «Clavellina», oyó el timbre de la puerta. Corrió presuroso hasta el recibimiento, y al abrir la doncella, se halló de manos a boca con el sirviente de Roberto, portador de un inmenso *bouquet* que hizo fruncir el ceño a Adrián.

«La Clavellina no está en casa—fué todo el saludo que se dignó concederle.

—Mejor, yo deseaba hablarte de un asunto de mucho interés.

—Empieza, pues—contestóle de mal talante Adrián.

—Siento una pasión tan grande por tu cuñada, que, la verdad, estoy resuelto a casarme con ella. Tú no lo ignoras. Te ruego que insistas cerca de ella a fin de que me dé una contestación definitiva.

Quedarás complacido. Ahora vete y así me dejarás ocasión de hablarla.

Mas, ¡oh!, casualidad favorecedora de Roberto. Cuando éste se disponía a marcharse según la orden de su amigo, apareció la bella en litigio, coincidiendo su entrada con la del criado, que sólo la esperaba a ella para decir la frase sacramental:

—La sopa está servida.

—No hay que decir que usted se quedará a cenar con nosotros, amigo Roberto—dijo «Clavellina».

—Le dispensarás que no acepté tu invitación—di-

jole Adrián a su cuñada, quitándole la palabra de la boca a Roberto.—Está esperándole el embajador... chino.

—¡Oh, no! El embajador chino salió de la ciudad ayer... y... para mí es muy grato cenar con tu cuñada.



No hubo otro remedio que aguardar al convidado, pero podemos afirmar que si al comenzar la comida Adrián odiaba a Roberto, a los postres no se hubiera contentado con menos que con estrangularle.

Aquello no era una comida para Adrián, eran los tormentos del infierno, pues se daba el caso de que



Roberto no omitía medio de lanzar miradas de canchero a medio morir a «Clavellina».

Antes de terminar la cena, no pudiendo contenerse más, le dijo, levantándose:

—Señorita... no tardará mucho en ocurrir algo que ha de alertarla a usted... y a otra persona.

—¿Y la otra persona, quién es?

—Mi amigo Adrián se lo dirá... cuando yo no esté delante.

En cuanto salió el enamorado Roberto, le faltó tiempo a «Clavellina» para preguntar a Adrián:

—¿Qué es lo que te ha encargado tu amigo que me digas ahora?

—No recuerdo nada ni sé nada!—respondió con acritud Adrián.—Y no sé qué te pueda importar a ti las majaderías de Roberto.

—Entonces se lo preguntaré yo como la otra vez.

—Te prohibo que te muevas de aquí!

—¡No olvides, Adrián, que soy tu cuñada, que tengo derecho a tu respeto y tú, en cambio, no lo tienes a dominarme!

—¡Ojalá pudiera olvidar; siquiera por un instante, que eres hermana de Elena!

—¡Si sólo ha de ser por un minuto!... ¿por qué no?—dijo la astuta coqueta con una sonrisa prometedora.

Alentado por ella, se aproximó rauda y estrechándola entre sus brazos, la besó apasionadamente, susurrándole con pasión avasalladora:

—¡Te amo, Lola, te amo.

—¿Adrián!... has pecado contra la lealtad al declararme tu amor... mucho más por hacerlo en el que

ha sido hogar de mi hermana... ¡Desde este instante yo no debo permanecer aquí! ¡Me marchó inmediatamente!

—¡Yo no puedo consentir que te vayas, Lola!

El no extinguido amor a su esposa y la naciente pasión por su cuñada, reñan en última batalla en el corazón de Adrián, y Elena sufre lo indecible con sus indecisiones.

—¿Entonces?—interrogó ella, decidida.

—¡Entonces—respondió él—marchémonos los dos!

Se oían débilmente las notas arrancadas al piano por los dedos de Roberto que esperaba el último avance de su amigo para conocer la decisión que a cerca de su proyectado matrimonio con él tomaría «Clavellina».

—Con su teclado tu amigo Roberto no nos dirá salir—dijole a Adrián.—¿Qué chasen cuando se encuentran solo!

—¡Vamos a recoger lo más necesario para nuestra marcha—dijole él, mientras ella pensaba:

—¡Lo más grande y lo más extraordinario que podía sucederme! Voy a fugarme con mi propio marido—pensamiento que luego expresó con palabras a la vieja Ana, que, muerta de risa, la ayudaba a hacer las maletas.

En marcha ya el coche en que iban, pudieron distinguir, sin embargo, perfectamente, en otro que se aproximaba a la puerta del hotel, a la hermana de Elena, que fué advertida por el mismo Adrián:

—¡Es mi mujer que vuelve a casa!... ¡Por Dios, Lola, que no te vea! ¡No te asomes!

Ella había dado la dirección al chófer sin que Adrián



la oyese, y cuando le preguntó: «¿A dónde vamos?», ella le dijo:

—Ya le he designado el hotel a donde quiero ir.

La distancia que recorrieron era muy larga, una hora había durado la carrera, pero el conquistador no se dio cuenta porque la pasó en pleno aturdimiento.

Cuando se vió ante la marquesina del Hotel elegido por «Clavelina», quedóse estupefacto.

—¿Aquí? ¿De alguna manera! En este hotel pasó yo la luna de miel con Elena.

«Clavelina», impasible, traspuso la puerta que ante ella abría oficiosamente un *groom*, obligando así a Adrián a que la siguiera.

Los dos, ante el *compteur*, vieron atendidos por el encargado del registro del hotel, que les presentaba el libro de inscripciones de entrada en el establecimiento, en el que ella se apresuró a escribir:

«Adrián Veyringer y señora.»

—Una coincidencia evocadora les preparo a ustedes—dijo el gerente del hotel, obsequiosamente;—voy a darles el mismo cuarto que ocuparon durante su luna de miel.

Y cogiendo la llave del dichoso cuarto, se apresuró a acompañarles no sin la muda protesta que se leía en los ojos de Adrián, que sólo pudo adivinarle la intrigante Elenita, indiferente por completo a aquella honradez conyugal del hipocritón de su marido.

Llegados a la consabida habitación, plena de recuerdos amorosos para la engañada y el engañador, y previa una reverencia hotelera de la más refinada cortesía, despidióse de ellos el amable gerente con un:

—Les deseo a ustedes muy buenas noches—cerrando tras sí la puerta.

Elena espía, con el interés que puede colegirse, la actitud equívoca del esposo que calizaba mustaba sus remordimientos, repitiendo:

—¡Ya es enojoso para mí que hayamos venido al mismo hotel, pero, tomar la misma habitación!... ¡eso nunca!

Elena, sin oírle y con su sonrisa más seductora, le dijo:

—¡¡Por fin solos!... ¿Verdad que esta frase misma te la dijo mi hermano en esta habitación?

Se complacía en atormentarle, jugaba con él, en aquel momento, como una gata con un ratoncillo atontado.

Viéndole ensimismado en los recuerdos que en él despertaba aquella habitación, comenzó a desmenuzarse con tan estúpida torpeza, que ni una sólo de las broches pudo deshacerse.

Oye, Adrián, ayúdame. Me es imposible desahucarme el vestido...

El, obligado por el requerimiento, se aproximó a ella como torturado, y después de vanas tentativas para desbrochar el hombrillo del vestido, desistió impacientemente, diciendo:

—¿Qué quieres? no acierto a quitarte el botón, y... francamente, no puedo, ¡¡no debo permanecer en este cuarto!!

Sin poder contenerse un momento más, salió a refugiarse con sus remordimientos al otro gabinete de su departamento. Maquinalmente fue a abrir una de sus maletas y comenzó a sacar algunos papeles. Sú-



bitamente se vió sorprendido de entre ellos con una dura cartulina. Era una foto. Era el retrato, en traje de boda, de Elena y él. Sólo aquello faltaba para acabar de amargarle aquella luna de miel clandestina, que él tanto había deseado.



—¡Adrián! ¡Querido Adrián! ¿No vienes?—le gritaba entretanto la supuesta Lola desde el lecho.

—¡No! ¡es imposible. Lola! ¡Nunca debiera haber entrado aquí! ¡Yo amo a Elena!

No bien había terminado de decir estas palabras, tratando de levantar a Elena de la rama, cuando unos golpes dados repetidamente sobre la puerta acabaron de aumentar la turbación del pobre Adrián.

—¿Estamos perdidos, Lola! Sin duda nos han seguido!

Nuevos golpes más fuertes y más seguidos parecían corroborar los temores del cuitado marido.

—No hay duda de que es mi mujer! ¡Baja de allí! ¡Pronto!—le decía a Elena, pugnando porque bajase de la rama.—¿Sería para nosotros doble avaricia que te encontrases acostada!

Por fin se decidió la «Clavellina» apócrifa a ceder a los deseos de su cuñado, y allí, sin la menor señal de zozobra, saltó del lecho yendo a refugiarse con su risa y con la satisfacción cumplida del mal rato que le estaba dando a su marido.

En cuanto ella le dejó solo, abrió la puerta energicamente golpeada todavía, el atolondrado Adrián.

Quien menos podía figurarse fuese el importuno, apareció en el quicio de la puerta.

Roberto en carne y hueso con ojos interrogadores penetró en la estancia. Mientras se apresuraba a decirle el sorprendido amigo:

—Me encuentro en el conflicto más terrible de mi vida. «La Clavellina» está aquí conmigo y tú tienes que ayudarme a escapar.

—Imposible! ¡nada podemos intentar! Yo he venido acompañando tu mujer que llegó a tu casa en el momento de salir tú de ella y Elena me ha obligado a traerla al hotel... Espera ahora. No hay escapatoria posible para vosotros.

—Si eres verdadero amigo mío, Roberto, aleja a Elena de esta casa, siquiera por unos instantes.

Roberto pareció aplazarse de aquella angustia de



su amigo y le ofreció poner de su parte cuanto pudiese por alejar a Elena del hotel.

—Ahora bien, yo a mi vez tengo que convencer a «Clavellina» para que se marche recatadamente y me deje partir a mi solo.

A su encuentro se dirigió para decirle:

—Mucho lo siento, Lola, pero esto no puede continuar así. Yo adoro a mi mujer y debes dejarme partir.

—¡No, Adrián! ¡no! ¡Hemos ido demasiado lejos para retroceder! ¡Yo no renunciaré a ti por nada del mundo!

—Pero ¿tú no comprendes el conflicto horrible de mi vida? Yo te amo a ti porque tú eres un trasunto de tu hermana, pero es a ella a quien ama mi corazón. ¡Jamás podré engañarla!

—Bien, en consideración a que es mi hermana la que así te aparta de mi lado, accederé a darte la libertad, pero imponiéndote condiciones.

—¡Cuantas quieras! ¡estoy pronto a cumplirlas! ¡Habla!

—Has de jurarme que, en adelante, no sólo amarás a tu mujer, sino que no amarás a ninguna otra. Únicamente mediante este juramento me impondré el sacrificio de que te alejes de mí.

—Entonces, si con esto te basta... ¡jurado queda. ¿Puedo salir ya?

A una señal de ella otorgándole lo que deseaba, dispósese a salir Adrián, mas, al intentar lo, aparecieron en la puerta la verdadera «Clavellina» acompañada de Roberto.

¿Cuál de las dos era la saya? —pensó Adrián, de-

vorando con los ojos a las dos lindas mujeres que tanto le habían hecho sufrir en aquellas íntimas cuarenta y ocho horas.

Elena se desprendió al provocativo lunar, única diferencia que con su hermana tenía.

Oprimiendo la manita negra entre sus rasgados dedos, llegó sonriendo hasta su esposa.

—¿Queréis perdonarme, Elena? Yo lo imploro de tu piedad y de tu... amor.

—Sí, Adrián—respondió Lola «la Clavellina»,—te perdona el intento de seducirla porque sabe que tu mujer te lo ha perdonado ya.

Una sola mirada sirvió para reanudar los lazos rotos momentáneamente de aquellos dos seres que habían nacido para amarse: Elena y Adrián.

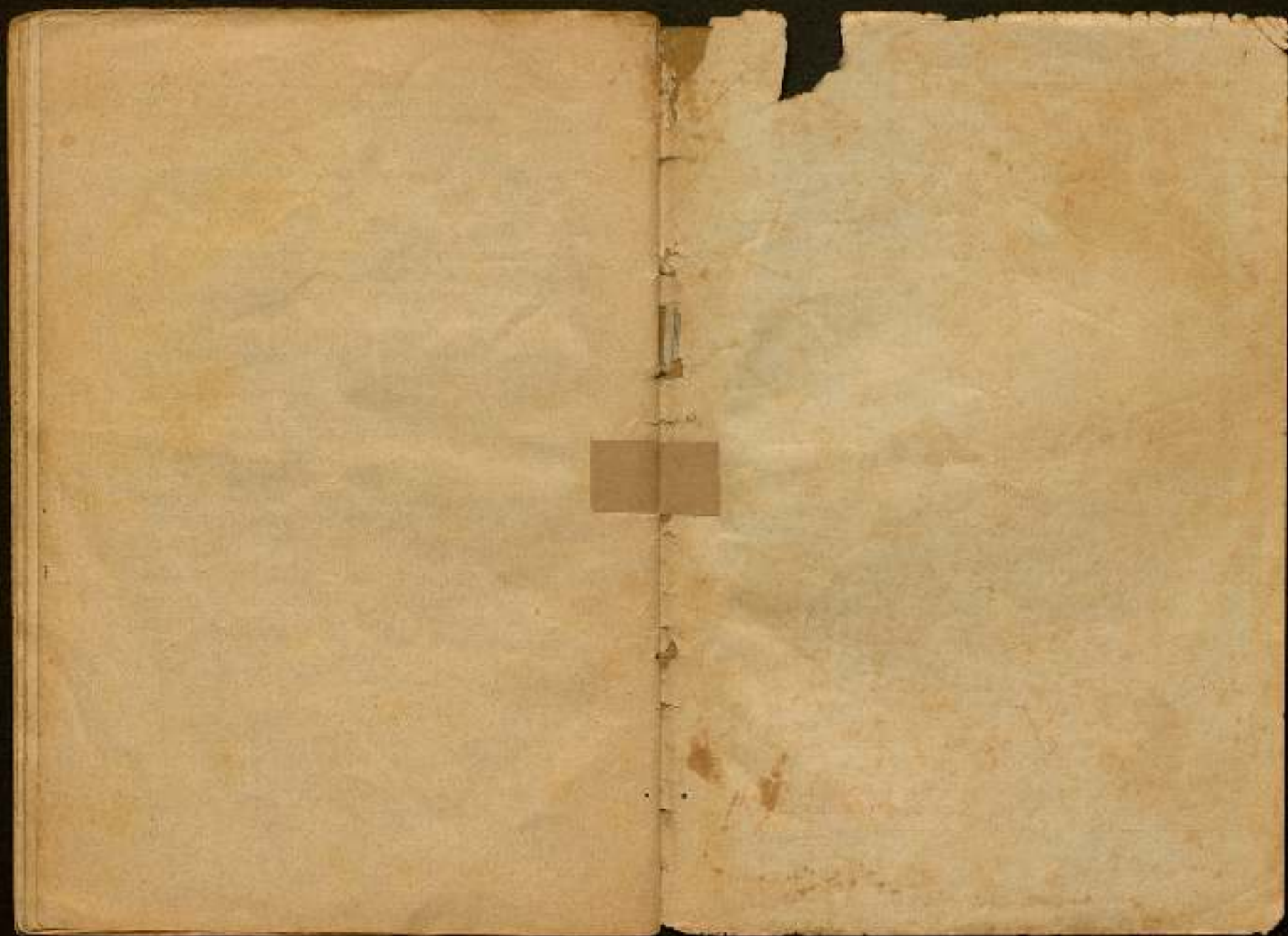
Las manos fundieron su emoción en un solo latido. «Clavellina», adviniendo el deseo de hallarse solos que ambos tendrían después de tantas peripecias, dió por terminada su intervención, diciendo:

—Adiós, hermanos... Y que empiece otra luna de miel.

—¡Oh! Adrián de mi vida!—susurró blandamente la enojada Elena.—Tu arrepentimiento me da una noche de felicidad. ¡Quiera el cielo que se prolongue eternamente!

FIN







## FIGURINES DE MODAS

*Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes:*

Album de Bal . . . . .	Anual	10'—pts.
Blouses Artistiques . . . .	Temporada	5'— "
Blouse Ideal . . . . .	"	2'50 "
Chapeaux Modernes . . . .	4 veces año	3'50 "
Ideal Parisien . . . . .	Mensual	3'— "
Joli des Modes de Paris . .	Temporada	4'— "
Manteaux et Costumes de Promenade . . . . .	"	3'— "
Mode de Paris . . . . .	"	3'— "
Mode Nationale . . . . .	Mensual	1'25 "
New Ladies Fashions . . .	10 veces año	6'— "
Patrons Favoris Dames . .	Temporada	3'— "
" " Cereémonies . . . .	"	5'— "
" " Blouses . . . . .	"	5'— "
" " Enfants . . . . .	"	2'— "
" " Lingerie . . . . .	"	5'— "
" " Tailleur . . . . .	"	5'— "
" " Gentlemen . . . . .	"	5'— "
Fashions . . . . .	"	5'— "
Patrons Favoris Travestis .	Anual	5'— "
Paris Chic . . . . .	Mensual	5'— "
Toilettes d'enfants . . . .	Temporada	2'50 "
Toilettes Modernes . . . .	"	2'25 "
Ultima Elegancia . . . . .	Mensual	1'25 "
Tres Chic . . . . .	"	4'— "

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero.

Descuentos convencionales a los señores correspondientes y libreros.

Pedidos acompañando su importe a Publicaciones Mundin, Barará, 15. Apartado 925—Barcelona